

RAIZ Y ABOLENGO UNIVERSITARIO DE ALCALÁ

por JULIO ANGULO

LA más alegre de las ciudades castellanas es Alcalá de Henares. La ciudad honrada de los Reyes tiene en su vida tres momentos que son orgullosa atalaya de su soberanía en el mundo: las Cortes reunidas por Alfonso XI, en 1348; la fundación de la Universidad, en 1498, y el nacimiento de Miguel de Cervantes, en 1547.

La antigua Compluto, mencionada por Plinio como ciudad de importancia durante la dominación romana, se erguía en el solar que después ocupó Alcalá, con sus naturales límites geográficos del río Henares por un lado, y la colina del Angel por otro. Alcalá es una afirmación pétrea y espiritual de lo que vale España en el mundo del Arte y de la Cultura. En el reinado de los Reyes Católicos florecían allí todas las ramas del saber humano, que dieron luego brotes magníficos en los años siguientes a la creación de su Colegio Universitario.

Todos los agravios jacobinos que, andando el tiempo, se han dirigido contra Fray Francisco Jiménez de Cisneros son injustos;

fué un hombre extraordinario, en cuya mente no cabía más pensamiento que la fortaleza de la nación y el imperio de la justicia. Cisneros no pudo prever el porvenir reservado a su programa de gobierno cuando le decía a Fernando el Católico: «Señor, mientras vos formáis capitanes, yo trabajo por formaros hombres que honren a España.» En su convento estaba, respirando profundo gozo de espíritu, cuando Isabel le llamó al mundo para nombrarle director de su conciencia y consejero. Desde este acontecimiento comienza la influencia del Cardenal en la gobernación de la más vasta y poderosa monarquía que entonces se conoció en la tierra.

La política exterior de Cisneros tiene épocas sublimes. La cristianización de los indios americanos; la magna empresa de llevar nuestras armas a Africa y arrancar las ciudades de la costa berberisca a los infieles; la conquista de Orán, campaña digna de un príncipe, a la que asistió Cisneros con su hábito pardo, sandalias y comiendo entre héroes anónimos el rancho de la tropa. ¡Ah, aún meditaba en la reconquista de Jerusalén! Y con su política interior, Cisneros hizo que el nombre de España sonase con gloria en Europa. El logró la unidad íntima y la armonía constituyente y, sobre todo, fundó la Universidad de Alcalá. Así se inició uno de los períodos más importantes de la historia universitaria de España.

Quería Cisneros crear una Universidad con más rígida disciplina que la de Salamanca, y sus primeros pasos se encaminaron a tierras de Torrelaguna, su pueblo natal; pero cuando los vecinos se enteraron de tales propósitos se opusieron a ellos terminantemente, argumentando que los estudiantes se les iban a comer las uvas de sus viñedos. Ante aquella razón pintoresca, Cisneros tornó los ojos hacia Alcalá, donde desde 1293 existían ya estudios superiores, fundados por Sancho IV, y desde 1459, el Colegio Mayor de San Ildefonso, debido a la munificencia de Alfonso Carrillo. Frente a la idea del Cardenal se alzaron las protestas de Salamanca, que auguraba una competencia en los estudios, quizá ventajosa para la nueva instalación. Pero los reparos fueron vencidos, prometiendo Cisneros que él instituiría la Universidad para la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, no perjudicando así a Salaman-

ca, puesto que allí se estudiaba Derecho. Bajo aquella promesa callaron los recelos, y el 26 de febrero de 1498 se puso la primera piedra del edificio. Se depositaron en la concavidad de una pieza de granito el acta, escrita en pergamino; una medalla de bronce de un palmo en la que se representaba un fraile franciscano con su hábito y varias monedas de oro y plata. La Universidad inauguró sus enseñanzas diez años después, el 25 de julio de 1508. El arquitecto Gumiel, encargado por Cisneros de la dirección de las obras, terminó la fachada principal, treinta años más tarde, por iniciativa del rector Juan de Zurbarán, y trabajada por Rodrigo Gil de Ontañón, maestro de cantería. El estilo arquitectónico participa de varios órdenes, sin que por eso padezca la armonía del conjunto, en el que resaltan las pilastras platerescas del primer cuerpo; las columnas de orden compuesto del segundo, y los ventanales, que, a uno y otro lado del grandioso escudo, dan la nota definitiva de esbeltez y gracia a la fachada.

De los dieciséis patios que tenía la Universidad, los más notables eran el primero, con noventa y seis columnas corintias, y el tercero, con treinta y seis. El patio central, todo de piedra, le forman tres claustros, sostenidos los dos primeros por columnas dóricas. El patio, trilingüe, plateresco, con su jardinillo y un pozo como la capucha blanca de un dominico, fué construído por Pedro de la Contera en 1551; conserva una notable columnata y da entrada al Paraninfo, recinto sagrado de la Cultura española del Siglo de Oro. Es de estilo Renacimiento, con una galería de arcos estriados, cortada en el centro por un ático, y en medio del frontis que la remata aparece el Redentor bendiciendo al mundo. Una balaustrada final se corona con agujas góticas. La fachada, de un plateresco bellísimo, ofrendó a España siglos atrás la palabra sabia de los maestros que entre aquellos nueve muros explicaban.

Dentro del plan trazado por los estatutos fundacionales, el jefe supremo de la Universidad era el rector, o la autoridad elegida por los estudiantes entre sus mismos compañeros. Los catedráticos eran nombrados exclusivamente por la Universidad; la intervención de un elemento extraño para juzgar las condiciones científicas de los

maestros hubiese sido considerada como algo peregrino y absurdo, porque nadie puede tener más interés por la enseñanza que quienes la ejercen y la reciben.

La condición de estudiante imprimía carácter, constituyendo al que la poseía en un verdadero profesional. El estudiante tenía su estacionario o librero, que era el de la Universidad, y más tarde, su biblioteca, que era la universitaria. La Universidad velaba por la moralidad de sus costumbres y por las buenas condiciones de sus albergues. La vida corporativa de los estudiantes se manifestaba en la elección de los cargos académicos, en las disputas públicas y en la celebración de fiestas escolares. La condición de extranjero no era obstáculo para el desempeño de cátedras ni para el reconocimiento de la validez de sus estudios, porque entonces la organización universitaria, a pesar de sus peculiares caracteres en cada país, era internacional, siéndolo a la vez el idioma empleado, que era el latín. Dentro de los caracteres comunes, cada Universidad tenía en España su fisonomía propia; pero los dos grandes tipos de Universidades, en los siglos XVI y XVII son Salamanca y Alcalá: la primera encarna la tradición, y la segunda, de donde procede la de Madrid, el espíritu del Renacimiento.

El primer curso de la Universidad de Alcalá fué el de 1508-1509, y entre sus primeros profesores figuraron el de Griego, Demetrio Ducas, natural de Creta; Fernando Alonso de Herrera y Alonso de Zamora. También catedráticos del tiempo de Cisneros eran Gonzalo Herrera, de elegante explicación y fluidez oratoria; el peripatético Bartolomé Castro, que no llevaba bien las invectivas de Herrera contra Aristóteles. Como profesores de Medicina actuaron Vallés, *el Divino*, que después fué médico de Felipe II; Cartagena, Pedro León y Juan Reinoso. León era un hombre vehemente, explicaba las lecciones dando paseos por el aula, y sus contorsiones y sus gestos hacían reír a los alumnos. Reinoso venía de Italia, muy armado de Hipócrates y Galeno, y con su ciencia echó a pique la escuela de los Avicenas y arabistas que seguían a Pedro León. En Salamanca daba sus clases Antonio de Nebrija, y allí le postergaron ferozmente. Entonces buscó la sombra del Cardenal

Cisneros, que le estimaba en alto grado, y se trasladó a su Universidad para gloria de ella.

Las rentas del centro Universitario se elevaban, en el siglo XVI, a 42.000 ducados; pero aunque tenía casi triple renta que la de Salamanca, no por eso a los catedráticos se les pagaba mejor. Con aquel dinero había que sostener, además de los gastos del Colegio de San Ildefonso, los Colegios de San Pedro y San Pablo, el de los Artistas, Gramáticos, Trilingüe, etc., que se llamaban «chofistat», porque decían que se mantenían con los «desperdicios» del Colegio Mayor.

Estaba dispuesto que a los profesores se les pagase a partir de un minimum determinado de discípulos. Esto creaba una difícil situación para el catedrático de griego, a cuyas clases no asistía ningún alumno o poco menos. Ante el problema económico de aquel hombre, Cisneros ordenó que al profesor de griego se le pagase aunque no tuviese ningún alumno en su cátedra. Antonio de Nebrija cobraba al mes 3.333 maravedises, menos que los profesores de Medicina y más que los restantes.

En menos de medio siglo, la Universidad de Alcalá había llegado a su apogeo y su fama se extendía por toda Europa. Erasmo, en carta al célebre Juan de Vergara, se congratula de «la festauración de los buenos estudios en España». En los archivos de la Universidad de Madrid, heredera de la complutense, se conservan libros de matrícula desde 1534; y en ellos vemos que la concurrencia de escolares a los claustros de Alcalá tenía una cifra de matrícula alrededor de los dos mil.

El primitivo traje de los colegiales de esta Universidad era de paño pardo de buriel, todo cerrado hasta el cuello, sin más abertura que la necesaria para sacar los brazos y la cabeza. La beca que cruzaba sobre el pecho era del mismo paño y color; el extremo derecho terminaba ensanchándose en una capota, cogida en pliegues. El bonete con que cubrían la cabeza era alto y cuadrado. En el vestir eran más tolerantes las ordenanzas de Alcalá que las de Salamanca.

Los estudiantes procuraban llegar a la Universidad para el día

de San Lucas, evitando que se les aplicara el refrán de «estudiante pascuero nunca será bueno». La primera operación del recién llegado era inscribirse en la matrícula para gozar del anhelado fuero. Después, los que no alquilaban casa ni la tenían propia, buscaban pupilaje, que, según los escritores de la época, equivalía a hacer profesión de hambre. Quevedo tiene una descripción insuperable de la vida pupilar estudiantil. Su licenciado Cabra, «largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avencindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos», es muestra prodigiosa.

Sebastián Orozco, poeta toledano del siglo XVI, en su descripción de la vida de los estudiantes pinta algunos pormenores curiosos. «En una mesa le sirven pan como piedra de cimienta, un par de higos o seis pasillas, alguna sutil tajada de carne, un dedal de vino acedo y malo, y para postre, un rabanillo tronchado.» Mateo Alemán describe los espléndidos pupileros de Alcalá: «El señor maestro —dice— sacaba la carne a hebras, extendiendo la ministra de hojas de lechuga, rebanando el pan por evitar desperdicios; dándonoslo duro para que comiésemos menos; haciendo la olla con tanto gordo de tocino que sólo tenía el nombre; y así daban un budio más claro que la luz, que fácilmente pudiera conocer un pequeño piojo en el suelo de la escudilla.»

Estos sinsabores de la vida del pupilo los conocían los padres del escolar; por eso, cuando marchaban camino de los estudios, solían proveerle de lo necesario para mantenerse hasta las primeras vacaciones; y las madres rompían la hucha de largos días para repartir con el hijo los reales que en ella hubiera. Pero aquellos frugales alimentos no influían en menoscabo de la aplicación del estudiante. Con su caldo transparente en el estómago salía el muchacho camino de los claustros universitarios, con el mismo fervor que tuviese si se acabara de comer un cordero. Y los nombres de aquellos escolares honraron después a España en el Arte y en la Ciencia, a pesar del refrán del comendador griego: «Estudiante de pío pío, muerto de hambre y cagao de frío.»

El estudiante se desquitaba con alegría de aquellas penurias

cuando le llegaba el turno. Sus visitas a los paradores para ver lo que descargaban los carros, a las romerías de Santa María del Val, o en los viajes a Madrid los sábados por la tarde con cena abundante y reposo en la Venta de Viveros. Sin contar lo que disfrutaban los estudiantes con motivo de una oposición a cátedra, cuyos aspirantes, para tenerlos a su lado y propicios a darles el voto, les hacían regalos y les obsequiaban en el momento oportuno con la «colación», que consistía, por lo menos, en treinta papelones de confitura de a libra cada uno. Si luego el apadrinado salía vencedor en los ejercicios, los estudiantes paseaban solemnemente por las calles de Alcalá al doctor triunfador con músicas, ramos de flores y gritos de alegría. La mayoría de aquellos estudiantes eran enamorados y, como consecuencia, poeta, y recogían con mayor entusiasmo que las lecciones oídas a sus maestros las poesías de mayor celebridad entonces. Así se divulgaron entre ellos los versos de Francisco de Figueroa, los de Diego de Mendoza y los de Fray Luis de León mucho antes de que fuesen dados a la imprenta.

También eran frecuentes en Alcalá los motines de estudiantes y las contiendas, no sólo de «bonetes» y «capillas», de «colegiales» y «manteístas», sino de escolares con los hijos de vecinos de la localidad. Alvar Gómez de Castro refiere cómo los estudiantes complutenses, a poco de abierta la Universidad, arrebataron de manos del verdugo y de los alguaciles a un platero que iban a ahorcar en días de Semana Santa y que invocó la protección de los muchachos. En 1518 surgió otra cuestión entre los escolares y las gentes de la villa de Alcalá por una reyerta entre cierto joven complutense, llamado Arenillas, y un fámulo del Colegio Mayor que tenía una prima a quien cortejaba el primero. En la época de las Comunidades, castellanos, andaluces y extremeños armaron una pelea a altas horas de la noche en el mismo Colegio Mayor de San Ildefonso. Pero el suceso más grave ocurrió en 1623. La justicia seglar, con el pretexto de detener delincuentes, perturbaba las noches de paz universitaria. Junto a San Francisco, entre el tumulto de gentes, dispararon dos pistoletazos al Rector; a un estudiante le hirieron con una lanza en un costado; desde una ventana mataron a un colegial de un

arcabuzazo y a otro estudiante clérigo le dieron muerte, entre siete individuos, al grito de «¡Viva la villa y mueran los estudiantes!» El claustro pidió, en vista de la contienda, que trasladasen los estudios a otro lugar del arzobispado; pero, al fin, no se llevó a efecto porque las rencillas amainaron.

En los ámbitos universitarios complutenses resonó la elocuencia de los más eminentes profesores: Herrera, Nebrija, Juan Ramírez, Prego, Ambrosio de Morales. El mundo fijó la vista en España, llamado por el reflejo magnífico de aquellos maestros, y después, por la grandeza intelectual de las personas que allí se formaron. Los nombres de sus estudiantes ilustres son hoy figuras preeminentes de la cultura de todos los pueblos. En Alcalá estudió el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, con su primo el gran Alejandro Farnesio, duque de Parma, que con tanta gloria mandó en Flandes las tropas españolas. Por las escaleras de la Universidad rodó un día el atolondrado príncipe, que tan insignificante había de ser luego para la patria. En aquellas aulas estudió Francisco de Quevedo; de su ingenio dejó huellas en los claustros universitarios, y de sus andanzas y amoríos, en las calles de la ciudad. Tirso de Molina, el Padre Mariana, Lope de Vega, Agustín Moreto, fueron estudiantes ilustres de la Universidad complutense; Florián de Ocampo, Loaisa, Arias de Montano, Velloso, Medina Castro y cien nombres más, venerables, aunque a algunos los hayamos olvidado hoy. Hacen referencia en sus obras al docto edificio su alumno Vicente Espinel en las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, y Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*.

La decadencia de Alcalá a lo largo de tres siglos, el que la capital de España se trasladase a Madrid y la afluencia a esta ciudad de los hombres más eminentes fueron causas que menoscabaron la importancia universitaria de la vecina villa. Por decreto de 29 de junio de 1821 se publicó el Reglamento de Instrucción Pública, y en virtud de esta disposición se creaba en Madrid una Universidad Central sobre la base de la de Alcalá, que cesaba. En 1836 cerró sus puertas oficialmente la organización escolar que Cisneros

había creado, y tras ella, los colegios y pupilajes que dieron fama imperecedera a la antigua Compluto. Las cuarenta y seis cátedras con que entonces contaba Alcalá vinieron a establecerse en Madrid, dejando como reliquia de otras épocas la hermosura arquitectónica del edificio, baluarte glorioso de la civilización que España ha repartido pródigamente por todas las latitudes.

